

## CAPITULO LIX.

Alfonso IX de Leon. — Confederación de los Reyes de Portugal, Aragon, Leon y Navarra. — Casamiento del leonés con D.<sup>a</sup> Teresa de Portugal. — Entrada de D. Alfonso VIII de Castilla por Andalucía y reto que dirigió al emperador de Marruecos. — Venida de Aben Yusuf á España. — Terrible derrota de los castellanos en Alarcos.

EN las cortes celebradas en Carrion en 1188 por el rey Alfonso VIII de Castilla, presentóse el joven monarca de Leon Alfonso IX (1), siendo armado caballero por aquel y tratándole con las mayores muestras de cariño y respeto, muestras por las cuales el castellano juzgó que el leonés le reconocía homenaje, juicio, que como veremos, fue origen de grandes disensiones despues.

Tambien en estas cortes fue armado caballero el príncipe Conrado de Suavia, hijo del emperador de Alemania, el cual vino á Castilla para casarse con la infanta D.<sup>a</sup> Berenguela, primogénita de Alfonso VIII, matrimonio que no se llevó á cabo, tanto por la repugnancia de la joven, cuanto por el impedimento que puso Roma á causa del parentesco que mediaba entre ambos contrayentes.

La preponderancia que el castellano alcanzara, su incumplimiento en algunos tratados, aun cuando esto último era mal de que adolecían todos los monarcas de aquel tiempo, excitando las envidias y rivalidades de los demás soberanos cristianos, dieron por resultado la formación de una alianza entre el rey de Portugal, el aragonés, el navarro y el de Leon, alianza que se robusteció mas entre este y el portugués por medio del matrimonio verificado entre el leonés y la infanta D.<sup>a</sup> Teresa, hija del Portugal.

Celebradas las bodas en 1190, procedieron en 1191 á firmar el tratado de alianza los reyes de Leon, Aragon y Portugal, tratado en virtud del cual se obligaban mutuamente á no hacer guerra, ni paz, ni admitir tregua alguna sin el reciproco beneplácito de los demás.

Aun cuando el castellano sabia esto, aun cuando su aislamiento era grande, no por ello decayó su ánimo un instante ni dió paso alguno para atraerse á los que de su lado se alejaban; por el contrario, mostróse mas atrevido y resuelto que nunca, preparándose para acometer nuevas empresas.

Al frente de sus guerreros penetró atrevidamente por las tierras andaluzas y los infieles hubieron de huir ante sus valerosas huestes.

Ubeda, Jaen y Andujar conservaron tristes recuerdos de estas expediciones capitaneadas en su mayor parte por el mismo monarca, á quien ayudaban poderosamente los caballeros de Calatrava, y otros, dirigidos por el arzobispo de Toledo D. Martin de Pisuerga á quien veremos jugar un papel interesante en las guerras de aquel reinado, y que demuestra lo de guerrero y belicoso que tenia el buen prelado.

La mayoría de estas expediciones quedaron coronadas, con el mejor éxito y tanto por esto, cuanto por hallarse entonces en Marruecos el emperador de los almohades Yacub ben Yusuf, tuvo el atrevimiento el rey de Castilla para ordenar una entrada por las comarcas de Andalucía que superase á cuantas llevara á efecto hasta entonces.

En 1194 atravesó por en medio de las tierras musulmanas, sin que sus habitantes fuesen osados á interrumpirle el paso y así llegó hasta las playas de Algeciras.

Una vez en ellas, escribió al emperador de Marruecos la siguiente carta notable por mas de un concepto y que prueba el arrojo y el atrevimiento de quien la escribió:

«En el nombre de Dios clemente y misericordioso:» — así decía el mensaje, «el rey de los cristianos al rey de los musulmes: Puesto que segun parece, no puedes venir contra mí; ni enviar tus gentes, enviame barcos, que yo pasaré con mis cristianos donde tú estás y pelearé contigo en tu misma tierra, con esta condicion; que si me vencieses seré tu cautivo y tendrás grandes despojos, y tú serás quien dé la ley; mas si yo salgo vencedor, entonces todo será mío y seré yo quien se la dé al islam (2).»

Fácil es de comprender todo el efecto que semejante noticia causaría en el altanero y orgulloso musulmán.

Al atrevido reto del castellano contestó por el momento con otro párrafo tan altivo y amenazador como la carta que recibiera, en cuyo respaldo le hizo escribir, y que estaba concebido en los siguientes términos:

«Dijo Ala Todo Poderoso: Revolveré contra ellos y los haré polvo de podredumbre con ejércitos que no han visto, y de los cuales no podrán escapar, y los sumiré en profundidad y los desharé.»

Como se vé la presuncion del islamita no podia ser mayor; desgraciadamente los hechos posteriores demostraron que estuvo casi profético en aquella amenaza.

La carta que habia recibido del rey de Castilla hizo que se leyese á todas sus kabilas tanto almohades como alárabes, zenetes y mazamudes, y un grito unánime se exhaló de todas ellas.

Todos ansiaban vengar la ofensa recibida y tan luego como Yacub hubo enviado su mensajero con la respuesta al castellano, escribió á las provincias del Almagreb para que acudiesen á aquella santa guerra para la cual tan audazmente se le provocaba.

(1) A este Alfonso tocábale ser el séptimo de su nombre, pero como quiera que en Castilla reinaba á la sazón Alfonso VIII y mas tarde los dos reinos se llegaron á unir en una misma persona, los cronologistas han adoptado un número correlativo para las series de unos y otros.

(2) Conde, part. III, cap. LI.

Segun las crónicas musulmanas, ninguna se hizo sorda á aquel llamamiento.

Acudieron lo mismo los moradores de las mas empinadas montañas que los de los valles mas profundos y apartados, y ordenada su innumerable hueste el día 18 de Giumada primera de 591 (1195) se embarcó haciendo rumbo hácia Algeciras, donde se detuvo un día solamente.

Mientras tanto el rey de Castilla que se habia retirado á Toledo despues de lanzado su atrevido reto, al tener noticia de la muchedumbre de infieles que habia desembarcado, apresuróse á pedir auxilio á los reyes de Navarra, Leon, Aragon y Portugal, haciéndoles presente que en el interés de todos estaba el rechazar tan poderosa invasion.

En Navarra habia sucedido entre tanto á Sancho V llamado el Sabio, su hijo Sancho apellidado el Fuerte, y tanto este como los demás monarcas á quienes se dirigiera el castellano le ofrecieron la ayuda que demandaba.

Mas como los socorros tardaban en presentarse y el enemigo avanzaba destruyéndolo todo, el rey de Castilla que no tenia paciencia para permanecer inactivo, salió al frente de sus soldados á reconocer la marcha de su contrario.

Grave falta cometió D. Alfonso en abandonar los muros de Toledo, y mayor la cometió todavía cuando al encontrarse con el ejército musulmán cerca de Alarcos, no quiso escuchar los consejos que le daban sus leales caballeros para que no emprendiese la batalla.

Cegóse su belicoso ardor, no quiso que los infieles tomasen como cobardía lo que solamente hubiese sido la natural prudencia; su pundonor no le dejó retirarse puesto que él habia sido el retardador, y determinóse á aceptar un combate que dada la inmensa desproporcion en que estaban las fuerzas, no era posible que saliese ventajoso.

Segun un historiador árabe (1), apenas el sol del día 19 de julio mostróse por el Oriente, ya estaban ordenadas entrambas huestes, ocupando los musulmanes la llanura, mientras los cristianos se hallaban en una eminencia inmediata á la fortaleza de Alarcos, lo que constituía una buena posicion.

De este punto avanzó una division compuesta de siete u ocho mil caballos, cuyos ginetes iban armados de escamadas lorigas y acorados cascos que acometiendo con inaudito esfuerzo á la masa enemiga, la hicieron retroceder.

Repusose inmediatamente y otra vez chocó contra ella la caballería cristiana causándole gran mortandad.

Los cristianos creyendo que iba en el centro el emir Almumenin, acometieronle con tal ímpetu que le desbarataron sucumbiendo allí gran número de musulmes. «Oscurecióse el día» — dice el historiador árabe — «con la polvoreda de los que peleaban.» Acudieron las kabilas africanas en aquellos momentos á sostener á sus decaídos compañeros y los cristianos quedaron cercados por todas partes.

Prodigios de valor hicieron aquellos esforzados caballeros incluso el mismo rey D. Alfonso, pero, ¿de qué podían servir teniendo tan gran ventaja numérica los contrarios y hallándose ya tan fatigados por la gran duracion de la pelea?

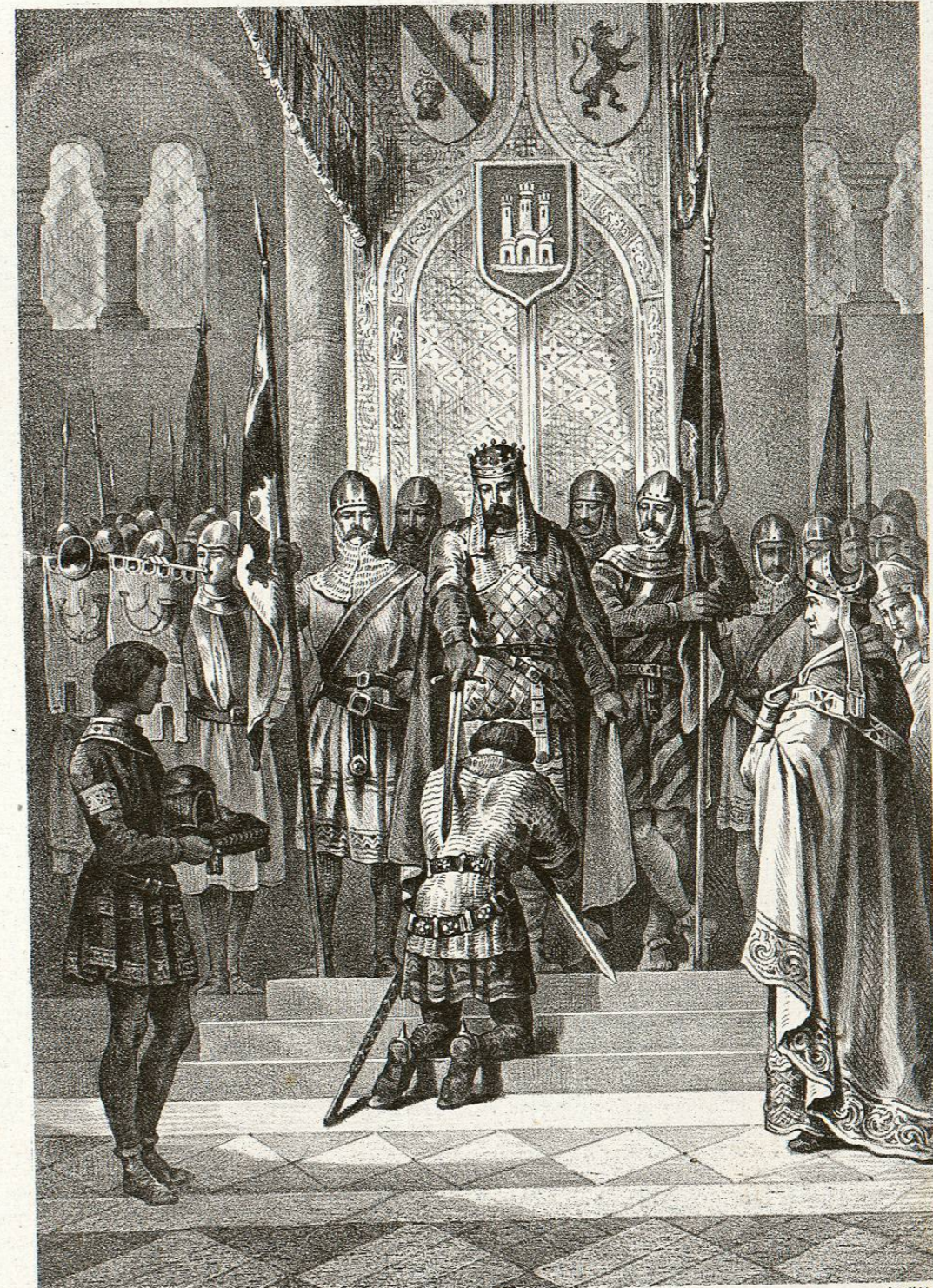
La mortandad fue horrorosa; calculase que perecieron en tan desdichada accion, sobre veinte mil cristianos, sucumbiendo casi todos los caballeros de las órdenes militares que luchaban á la desesperada.

El rey de Castilla perseguido por los infieles penetró en la fortaleza de Alarcos por una puerta y salió por otra, entrando tras él la morisma destrozándolo todo, y poniendo en libertad á mas de veinte mil cautivos, cosa que segun las crónicas arábicas, no fue del agrado de los almohades.

«Apoderóse el terror de los cristianos,» — dice uno de los cronistas arábicos — «y volvieron la espalda siguiéndoles los musulmanes al alcance y haciéndoles apurar hasta las heces la copa de la muerte. Cercaron estos la fortaleza de Alarcos creyendo que Alfonso estaba dentro, pero habia entrado por una puerta y salido por otra. Los vencedores penetraron, quemadas las puertas, con los alfanjes desnudos, matando infinito número de enemigos, cautivando mujeres y niños, y apoderándose de las armas, caballos, mantenimientos y riquezas que allí habia. Dió libertad Aben Yusuf á veinte mil cautivos, cosa que desagradó mucho á los Almohades, y miráronlo todos como una de las estravagancias caballerescas de sus reyes, dice Ebn Abdelhalim; fue esta insigne y gloriosa victoria, añade, miércoles 9 de Xaban del año 591 (19 de julio de 1195). Habian mediado entre esta y la famosa batalla y matanza de Zalaca ciento doce años.»

Retiróse D. Alfonso con los restos de su tan brillante ejército hácia Toledo, encontrándose al llegar á la ciudad, con el de Leon, que acudia con su gente. Mediaron ágrías contestaciones, entre ambos de cuyas resultas el leonés separóse resentido del de Castilla y este no quedó nada satisfecho.

(1) Ebn Abdelhalim.



D. ALFONSO IX DE LEON ES ARMADO CABALLERO.

Riera, Edite: Barcelona, Rubador 94 y 26.



## CAPITULO LX.

El matrimonio de D. Alfonso de Leon queda disuelto.—Guerra entre los monarcas cristianos.—Reconciliacion entre el castellano y el leonés y casamiento de este con D.<sup>a</sup> Berenguela.—Sucesos ocurridos en Aragon.—Disoluciones de varios matrimonios.

A consecuencia de las malas disposiciones con que se separaron leoneses y castellanos, no transcurrió mucho tiempo sin que, rompiendo abiertamente penetraron en Castilla cada uno por distinto sitio, los monarcas de Leon y Navarra.

Tres largos años duraron las guerras entre los dos primos de Leon y Castilla gastando recíprocamente sus fuerzas, asolándose sus comarcas respectivas y dando campo al emir de Marruecos para que por dos veces viniera á España, y penetrando la una, por las tierras de Toledo, Alcalá, Madrid, Cuenca y Uclés, y la otra, por las de Maqueda, Talavera, Plasencia y Trugillo, dejara estampada su destructora huella por el terreno que recorria.

Durante este espacio hicieron treguas y ajustaron las paces que á los pocos dias eran quebrantadas, pues, como hijas solamente de una necesidad de momento, satisfecha esta, renovábanse las discordias y la guerra se empeñaba con mayor encarnizamiento.

Felizmente llegó un dia en que ambos reyes escucharon los dignos consejos que prelados y varones eminentes les daban, ó mejor dicho, que conociendo uno y otro lo estéril y perjudicial de aquellas, trataron de ponerles término, para lo cual contribuyó en gran manera la disolucion del matrimonio del monarca de Leon con la infanta D.<sup>a</sup> Teresa de Portugal, disolucion ordenada por el Pontífice.

Tan luego como este que era á la sazón Clemente III, supo el grado de parentesco en que estaban los dos esposos, ordenó á su legado declarase nula aquella union, lo cual se llevó á efecto apesar de la repugnancia de ambos cónyuges, y que tuvieron que vencer por temor á las excomuniones y penas, en que de oponerse, habian de incurrir.

Merced á esto, pudo asegurarse la paz entre leoneses y castellanos bajo la base del matrimonio del rey de Leon con la infanta D.<sup>a</sup> Berenguela, casamiento que se verificó en Valladolid en diciembre de 1197.

Un año antes, en 25 de abril de 1196 falleció el rey de Aragon D. Alfonso II siendo conducidos sus restos al monasterio de Poblet elegido por él para su sepultura, y al cual legó su corona real y la dominica de Vinaroz.

Desde este monarca quedó elegido aquel monasterio para enteramiento de los reyes de Aragon, así como antes lo habia sido el de San Juan de la Peña.

En virtud del testamento de D. Alfonso II, quedó por sucesor su primogénito D. Pedro al cual correspondian los Estados de Aragon, Cataluña, el Rosellon, Pallás y todos los comprendidos desde Biterres hasta el puerto de Aspe; á su segundo hijo D. Alfonso lególe los condados de Provenza, Amiliá, Gavaldá y Redon ó Roda con algunos derechos sobre el señorío de Montpellier, al tercero, D. Fernando, lo destinó para monje de Poblet sustituyendo á sus hijos varones en los derechos, por orden de primogenitura, y á sus hijas á falta de sucesores barones.

Dejó bajo la tutela de su esposa D.<sup>a</sup> Sancha á todos sus hijos. A D. Pedro hasta la edad de veinte años y á D. Alfonso hasta la de diez y seis, habiendo sido este monarca tan honesto en sus costumbres que por ello mereció el sobrenombre de *Casto*.

En setiembre de aquel mismo año celebráronse cortes en Daroca, en las cuales, con el consentimiento de la reina, tomó el infante D. Pedro posesion del reino, confirmando todos los privilegios y fueros de que disfrutaba.

Gracias á la intervencion de los legados pontificios que intimaron al rey de Navarra que se separase de los tratos y alianzas que sostenia con el infiel para hacer la guerra al rey de Castilla, pudo este verse libre de aquel otro encarnizado enemigo; mas la satisfaccion que esto le produjo, nublóse muy pronto cuando se descubrió la segunda parte de la mision que el legado de Inocencio III habia traído.

Esta era la de anular el matrimonio del rey de Leon con la infanta de Castilla D.<sup>a</sup> Berenguela.

Parecia que una estrella enemiga perseguia al leonés para sus enlaces.

El parentesco que mediara entre ambos esposos fue la causa para que de nuevo amenazaran las iras del Vaticano á entrambos Estados, del mismo modo que poco tiempo antes amenazaron al de Leon y al de Portugal.

Pero si opuesto estuvo el leonés á separarse de D.<sup>a</sup> Teresa, mas opuesto mostróse á la disolucion del de D.<sup>a</sup> Berenguela.

Tanto la razon de estado cuanto al cariño que le habia tomado, oponiáse á ello, y así se lo demostró desde los primeros momentos al cardenal legado, el cual temeroso de comprometer, tal vez, usando un rigor excesivo, la misma autoridad que representaba, accedió á que ambos esposos demandasen al Papa la dispensa.

Hicieronlo así, exponiéndole cuan conveniente era aquella union para la paz de ambos reinos, merced á la cual podria proseguirse con mejor vigor la guerra contra los infieles; mas el pontífice, sin atender á estas consideraciones, no quiso ni aun recibir á los pre-

lados de Toledo, Palencia y Zamora, que fueron á Roma á exponerle aquellas razones, obteniendo solamente que alzara el entredicho en que habia puesto el reino de Leon.

Y tanto empeño puso en que la disolucion de aquel enlace se verificara, que amenazó al rey de Castilla con las propias penas que al de Leon, si no procuraba á todo trance que se separaran los dos cónyuges.

Tanta persistencia quebrantó la voluntad del leonés, y la separacion se consumó, retirándose D.<sup>a</sup> Berenguela á Castilla.

Seis años estuvo unida á su esposo, y en ese espacio tuvieron cinco hijos, siendo el primogénito D. Fernando, que por sus hechos y sus virtudes obtuvo mas tarde el dictado de santo.

Durante todo el tiempo que transcurrió desde la primera conminacion hasta la separacion definitiva, el rey de Navarra cada vez mas obstinado en el camino que emprendiera, concitó doblemente contra sí las iras del Vaticano.

En vez de romper sus tratos con el africano, los reanudó con mayor fuerza, y mostró su propósito de pasar personalmente á Africa halagado tal vez por las esperanzas que aquel le hacia concebir.

Gran escándalo causó semejante determinacion, y verificada la marcha, al llegar á Africa encontróse el navarro con que el emperador ben Yusuf habia muerto sucediéndole su hijo Mohammed ben Yacub, el cual supo utilizar su valor en las guerras que allí sostenia (1).

No solamente perjudicó en su reputacion y buen nombre al rey de Navarra semejante viaje, si que tambien le fue perjudicial para los intereses de su reino.

Aragon y Castilla, al ver huérfano del monarca el territorio navarro, renovaron antiguas pretensiones, trataron de vengar agravios pasados y penetraron con sus armas, los aragoneses, por la parte de Aybar y los castellanos, por Guipúzcoa.

Púsose el rey de Castilla sobre Vitoria, y de tal modo la apretó, que sus defensores, puestos ya en el caso de rendirse, pidieron al castellano les permitiese enviar mensaje al rey D. Sancho para saber si consentia en la entrega de la plaza.

El obispo de Pamplona fue el comisionado para este efecto y don Sancho dió el permiso que se le demandaba, en virtud del cual posesionóse D. Alfonso de Vitoria, siguiendo inmediatamente Alava y Guipúzcoa quedando estas provincias incorporadas á Castilla y jurando el rey respetar sus fueros.

La terminacion de este siglo fue como dice un historiador contemporáneo, «con un suceso tan interesante por sus circunstancias como de trascendencia para la suerte de dos grandes reinos vecinos.»

D. Alfonso de Castilla, además de D.<sup>a</sup> Berenguela, tenia otras dos hijas llamadas D.<sup>a</sup> Urraca y D.<sup>a</sup> Blanca, las cuales, segun las crónicas, eran agraciadas y bellas, y aun cuando D.<sup>a</sup> Blanca era inferior en belleza á su hermana, suplía la bondad de su alma lo que faltaba á su rostro de hermosura.

La guerra que sostenian en este tiempo Felipe Augusto de Francia y Juan Sin-Tierra, de Inglaterra, influyó poderosamente en la suerte de una de aquellas princesas.

Al ajustarse la paz entre ambos, puso el inglés por condicion que habia de casarse el delfin de Francia con una de las hijas del rey de Castilla, que eran sobrinas suyas.

En consecuencia de esto, D.<sup>a</sup> Blanca que fue la elegida, pasó á Francia, dándole el rey de Inglaterra como dote la ciudad de Evreux con toda la Normandía, de que se apoderara durante la guerra, celebrándose el matrimonio por mano del arzobispo de Burdeos (2).

A pesar de este enlace que parecia una prueba de la buena amistad que debiera reinar entre el castellano y el inglés, dueño aquel de Guipúzcoa, invadió la Gascuña con reclamacion, segun supone el erudito Lafuente, de una parte de la dote que Enrique II de Inglaterra ofreciera á D.<sup>a</sup> Leonor al dársela al monarca de Castilla y que este no percibió.

D. Alfonso se apoderó de casi todo el ducado de Gascuña, añadiendo este título á los que ya poseia.

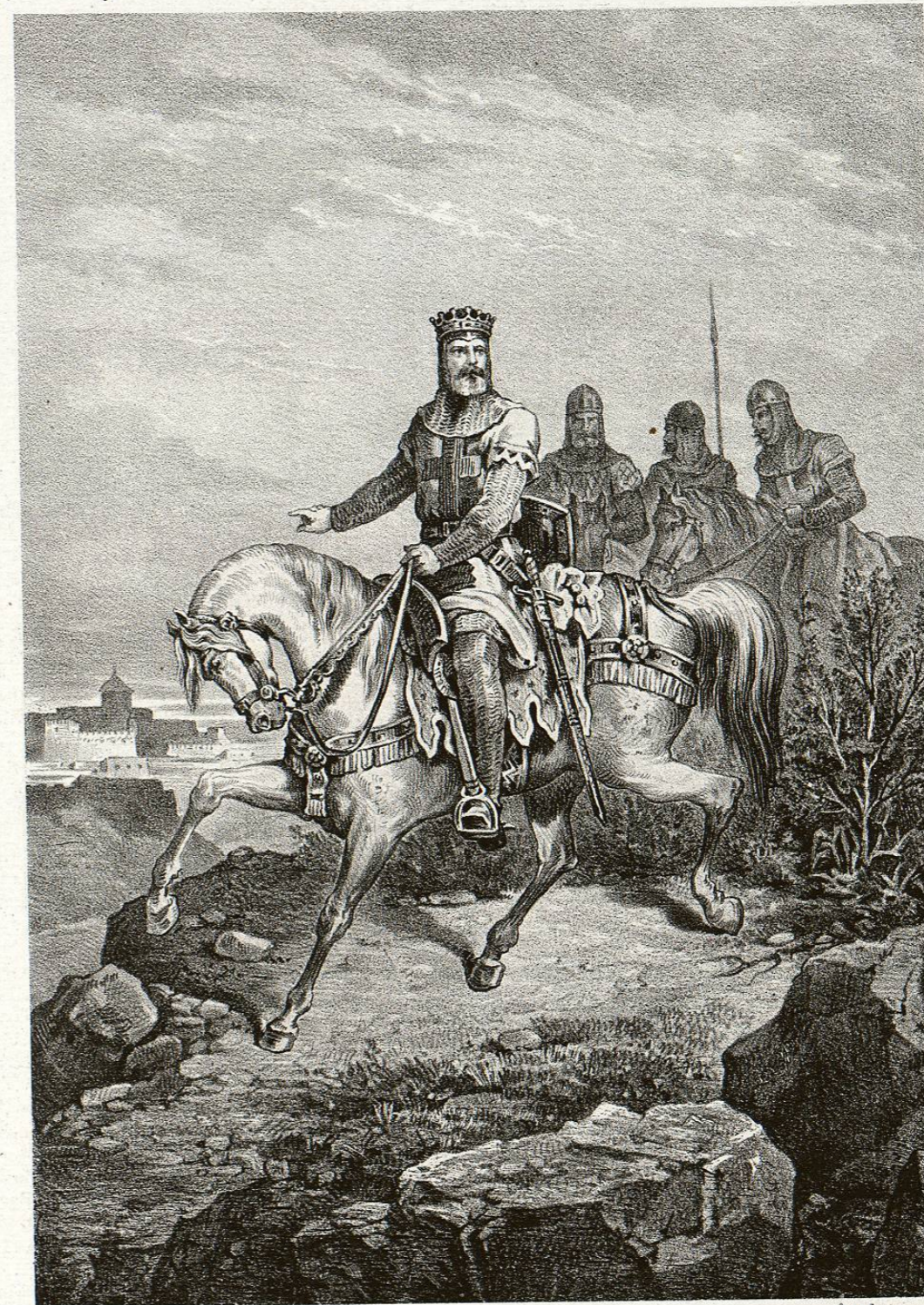
Todo esto sucedió mientras tenia lugar la disolucion del matrimonio del rey de Leon con D.<sup>a</sup> Berenguela y el Papa, satisfecho con ella, no se opuso á la legitimacion de los hijos habidos en él, por lo cual el infante D. Fernando fue jurado como heredero de la corona de su padre.

(1) Lafuente sigue respecto á esto particular la opinion emitida por el ilustrado Mondejar, á la cual tambien nos inclinamos nosotros.

Moret habla en sus Anales, de unos amores que tuvo el navarro con la hija del emperador musulman; pero Mondejar los rechaza aduciendo razones de gran peso, con las cuales queda destruido aquel aserto.

(2) El padre Mariana siguiendo sin duda á la Crónica General, supone que D.<sup>a</sup> Blanca era mayor que D.<sup>a</sup> Urraca, que el matrimonio tuvo lugar en Búrgos y que el rey su padre fué á acompañarla á Guiena con otra porcion de circunstancias que aparecen desvirtuadas de todo fundamento.

Bussieres.—Hist. Francia.—Du Tillet, Duchesne y otros autores contemporáneos.



D. ALFONSO VIII DE CASTILLA.

Hiera Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.